



El precio del orgullo

Brasil pierde hasta US\$ 1.000 millones por año al exigir visa de entrada a ciudadanos estadounidenses. Ningún país vecino se da ese lujo.

Júlio Gama
Miami

En su primer viaje a Brasil, hace cinco años, el estadounidense José de la Torre, entonces profesor de la Universidad de California, descubrió al momento del *check in* en el aeropuerto de Los Angeles que necesitaba visa para ingresar al país sudamericano. Decidido a embarcar, tomó un taxi hasta el consulado brasileño. El cónsul, su amigo, le consiguió en pocos minutos la visa que normalmente demora dos semanas. De la Torre corrió al aeropuerto, pero ya era tarde. Invitado por la Fundação Getúlio Vargas para dar una exposi-

ción sobre negocios internacionales, perdió el vuelo.

Acostumbrado a hacer entre 25 y 30 viajes por año, el profesor jamás imaginó que precisaría visa para entrar a Brasil, pues ningún país de América Latina se la había exigido antes. "Sólo India lo hacía", dice De la Torre, hoy rector de la Escuela de Negocios Alvah H. Chapman, de la Florida International University. De hecho, además de Cuba —que sufre el embargo de Estados Unidos desde hace más de 40 años—, Brasil es el único país de la región que pide visa a los ciudadanos estadounidenses.

Según la Cancillería brasileña, ellos sólo siguen el principio de reciprocidad

previsto en la ley: si EE.UU. exige visa a los brasileños —la que cuesta US\$ 100—, Brasil también puede hacerlo y cobrar lo mismo a los estadounidenses. El gobierno brasileño no parece dispuesto a cambiar esa regla si EE.UU. no toma primero la decisión. "Solamente podrá ser perdonada la exigencia de visado mediante reciprocidad de tratamiento", dice el ministro Manoel Gomes Pereira, jefe interino de la Dirección General de Asuntos Consulares, Jurídicos y de Asistencia a los Brasileños en el Exterior, en Brasilia.

Lindo discurso, pero caro. Por esa exigencia, el país deja de facturar entre US\$ 600 y US\$ 1.000 millones todos los años, según el Ministerio de Turis-

mo brasileño. No parece una buena estrategia para una nación que recibió apenas 3,8 millones de turistas extranjeros en 2002 —mientras a México ingresaban 20 millones— y que ocupa la posición 24 en el ranking de turismo internacional.

Liarse con uno de los pueblos que más viajan en el mundo tampoco ayudará demasiado al gobierno brasileño a alcanzar la meta de doblar los ingresos turísticos para 2007. Más de 23 millones de estadounidenses viajaron fuera de su país en 2002 y gastaron US\$ 30.000 millones, de los que US\$ 8.000 millones llegaron a América Latina, de acuerdo a los datos más recientes del Departamento de Comercio y la Administración Internacional de Comercio de EE.UU. Eso sin contar los viajes a Canadá o México, que, como países fronterizos, son considerados destinos domésticos. Sólo 630.000 —o sea, el 2%— de esos estadounidenses viajaron a Brasil, donde dejaron US\$ 800 millones. Parece poco y lo es. Para comparar, Costa Rica, que tiene una población de 4,2 millones de personas —el mismo número que la ciudad brasileña de Belo Horizonte—, recibió idéntica cantidad de turistas estadounidenses. A Jamaica, todavía más pequeña, ingresó el doble.

LA VISA HACE DIFERENCIA. Para los estadounidenses que viajan por negocios, como De la Torre, la exigencia de visa podría no significar problema, pues normalmente es la empresa quien se ocupa de los trámites y el pago del visado. Pero ocurre que el 80% de los estadounidenses que viajan al exterior, casi unos 19 millones, lo hacen por placer. “A la hora de decidir a qué país llevar un grupo grande de personas, una operadora [de turismo] va a escoger a un país vecino, porque el dinero gastado en visas y burocracia hace diferencia”, dice Alexandre Raulino, ejecutivo principal del Instituto Brasileño de Turismo (Embratur) en EE.UU. “El turismo que crea fidelidad es el de placer; el de negocios, sólo es fiel al negocio”.

Desde inicios de febrero, Raulino es responsable de la oficina de Embratur en Nueva York, donde tiene la difícil tarea de incrementar el número de estadounidenses que visitan Brasil. La

reciprocidad citada por el ministro no ayuda a su trabajo. “Es un derecho, pero no una obligación, y Brasil lo ejerce como una provocación”, dice Raulino.

Como si no bastase con la visa, a inicios de año un juez de Mato Grosso determinó que todo estadounidense que ingrese a Brasil debe dejar sus impresiones digitales y ser fotografiado por la Policía Federal. La decisión se basaba una vez más en la reciprocidad: desde el 5 de enero, EE.UU. aplica el mismo procedimiento a los turistas que arriban a sus aduanas, con la excepción de los residentes de 27 países, casi todos europeos. Como los aeropuertos brasileños no estaban prepara-



¡FUERA, YANQUIS!

Países que exigen visa a los estadounidenses

- | | |
|------------------|------------|
| ● ARABIA SAUDITA | ● GHANA |
| ● AZERBAIYÁN | ● INDIA |
| ● BRASIL | ● PAKISTÁN |
| ● BURUNDI | ● SUDÁN |
| ● CHINA | ● SURINAM |
| ● CUBA | ● SIRIA |
| ● ETIOPÍA | ● TANZANIA |

Fuente: Departamento de Estado, EE.UU.

dos para el procedimiento, se formaron filas interminables y algunos visitantes debieron esperar hasta ocho horas para ingresar. El malestar llegó a las páginas de los periódicos de EE.UU. y Europa y provocó roces diplomáticos. El secretario de Estado estadounidense, Colin Powell, llegó a calificar la decisión brasileña de “acto discriminatorio y hostil”.

Pero ¿acaso no vale la reciprocidad? “Es una estupidez”, dice Leonel Rossi Junior, director para Asuntos Internacionales de la Asociación Brasileña de Agencias de Viajes (Abav), que representa el 80% de la fuerza económica de los agentes de viajes de Brasil. “La mitad de casi el millón de brasileños que viven en EE.UU. es ilegal y yo no conozco ningún estadounidense que

quiera venir a quedarse como ilegal a Brasil”. Abav no tiene ilusiones de que el gobierno de Luiz Inácio Lula da Silva elimine el visado, pero ha presentado propuestas para descomprimir la llegada de los turistas. Una de ellas es que el visitante complete una tarjeta con sus datos personales durante el vuelo y que ésta sea automáticamente transformada en visa de entrada a su llegada. “Si hay que cobrar alguna tasa, que se cobre en ese momento”, dice Rossi Junior.

LA RESPUESTA DE BUSH. Ese mecanismo ya existe en Chile, por ejemplo, donde cada estadounidense recibe la papelería para entrar y paga en migración una tasa de US\$ 100, la misma que EE.UU. cobra a los chilenos. “Esa reciprocidad es mejor que la de Brasil, porque no exige visa previa, pero cobra los US\$ 100”, dice el profesor De la Torre.

El gobierno brasileño conoce la montaña de dólares que deja de facturar al imponer barreras a los estadounidenses. Tanto que en un encuentro con el presidente George W. Bush, en la Cumbre Extraordinaria de las Américas, en Monterrey, en enero, Lula sugirió que EE.UU. incluyese a Brasil en la selecta lista de 27 países exentos de visado. Bush sonrió y dijo que lo pensaría, pero difícilmente lo hará. EE.UU. establece que sólo están exentos los países que tienen menos del 3% de pedidos de visa negados por su servicio consular. Brasil supera el 10%. Por esos mismos criterios, los argentinos, que tenían tránsito libre a EE.UU. desde 1996, necesitan visa desde marzo de 2002, una vez que la crisis llevó a una migración en masa. Ni aun así los estadounidenses requieren visado para gastar sus dólares en Argentina.

Para los empresarios, Brasil ganaría más si eliminase su exigencia unilateralmente en vez de mantener reglas que refuerzan un nacionalismo rayano en el antiamericanismo. “Soberanía es movilizar la economía y alimentar bien al pueblo”, dice Rossi Junior, de Abav. La otra opción del gobierno de Lula es esperar la decisión de Bush. Pero por ahí andan la posguerra de Iraq y las elecciones presidenciales y esa respuesta puede no llegar nunca. □